

85

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR Y REDACTOR, — CARLOS GAGINI.

ADMINISTRADOR

FRANCISCO CALDERON h.

Precio de Suscripción.	EPOCA 2ª	NUM. 31.	Redacción y Admón.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero „ 1-50. „ „ „ Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50	San José, 20 de Julio de 1891.		DETRÁS DEL PALACIO EPISCOPAL, ESQUINA OPUESTA Á LA TIP. "EL HERALDO." SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

LA NUBE?

¿Qué te acongoja, mientras que sube
del horizonte del mar la nube,
negro capuz?
Tendrán por ella frescura el lirio,
pureza el aire, verdura el suelo,
matiz la luz.
No tiembles. Deja que el viento amague
y el trueno asorde y el rayo estrague
campo y ciudad!
Tales rigores no han de ser vanos:
¡los pueblos hacen con rojas manos
la libertad!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

SUMARIO.

LA NUBE, por Salvador Díaz Mirón.—"COSTA RICA ILUSTRADA", por la Redacción.—SOBRE LINGÜÍSTICA, por don Juan F. Ferrás.—LA TARDE DE OTOÑO, por Francisco Coppée.—LA HERENCIA DEL LAÚD, por Teobaldo Elías Corpancho.—A... por X.—EL ÚLTIMO INVENTO DEL PRIMER INVENTOR DEL SIGLO.—NOCHES DE TEATRO, por Juvenal.—NOTAS.

"Costa Rica Ilustrada."

FUNDADO nuestro periódico durante la Administración de don Bernardo Soto, dejó de publicarse por algún tiempo á consecuencia de dificultades insuperables, hasta que, gracias á los esfuerzos de su fundador, don Próspero Calderón, apareció nuevamente en Julio del año pasado. Ningún obstáculo serio ha interrumpido su publicación en esta segunda época, exceptuando el el retardo con que ha salido algunas veces, por el recargo de trabajo en la Tipografía Nacional. La falta de grabados, objeto de reclamaciones por parte de los suscriptores, ha sido remediada con el viaje del señor Calderón á Europa; las ilustraciones vendrán en adelante con toda regularidad, (1) y esperamos que interesarán al público porque casi todas ellas representan asuntos nacionales.—Otro inconveniente menos fácil de obviar es la desidia de nuestros literatos, que sólo muy de tarde en tarde nos favorecen con sus producciones. "Costa Rica Ilustrada" tiene siempre sus columnas á disposición de los aficionados á las bellas letras, y aspira á ser el campo donde se ejercite nuestra juventud y ensaye los esfuerzos de su inteligencia.—Por lo tanto admitiremos cualquier trabajo literario, por modesto que sea, siempre que no invada regiones extrañas al arte. De nuevo solicitamos la cooperación de todos los que fueron colaboradores asiduos de este periódico, y que ahora por motivos inexplicables dejan oxidar la pluma que en otro tiempo constituía la delicia del público.

¿Serán acaso las divergencias políticas, como nos aseguró un amigo nuestro, la causa de su retraimiento? Si así es, por desgracia, la razón alegada nos parece una niñería imperdonable. El que el Gobierno conceda la impresión gratis de este periódico en la Tipografía Nacional, no arguye que nuestra publicación sea un órgano gubernativo, puesto que es una revista meramente literaria que ninguna ingerencia puede ni debe tener en la política. Bajo la Administración Soto se imprimía "Costa Rica Ilustrada" en iguales condiciones, y sin embargo escribían en ella muchos enemigos de aquel Gobierno, sin juzgar por eso menoscabada su dignidad. Nuestro periódico se redacta con entera independencia y recibe toda clase de artículos literarios, vengan de quien vinieren, con tal que merezcan ser leídos del público.

Aspira solamente, como dijimos arriba, á contribuir aunque de modo hu-

(1)—Comenzarán á publicarse con el próximo número.

milde á despertar y favorecer la afición á las letras, tan descuidadas entre nosotros, y á tener á nuestros compatriotas al tanto del movimiento artístico de otras naciones. Un periódico que se propone tal objeto debe ser sostenido por cuantos deseen el progreso de la patria y cuantos pueden ilustrarla con sus escritos literarios ó científicos.

SOBRE LINGÜÍSTICA.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

don Carlos Gagini

YA que U., con notable y desusado interés por las cosas de la etnografía é historia de Costa Rica, ha publicado en COSTA RICA ILUSTRADA un interesantísimo trabajo titulado modestamente *Ensayo lingüístico*, en que con muy justas observaciones acerca de errores y descuidos ajenos, da alguna luz en materia de *nahuatlismos* ó *mejicanismos* en el castellano que aquí hablamos corrientemente, y puesto que invita á la formación de una sociedad para estos interesantes asuntos, yo que con poca suerte inicié ese pensamiento en 1887 y que desde hace seis años estoy elaborando una obrita titulada *Mejicanismos costarricenses*, para cuya confección he tenido que estudiar el *nahuatl* y cuanto he podido haber á la mano con referencia á ese riquísimo idioma, me permito dirigirle algunas observaciones á este objeto relativas, en que procuraré ser brevísimo, para no cansar á U. ni á los escogidos lectores de su ilustrada Revista.

Pasaré por alto sus alusiones á los *Apuntamientos lexicográficos* del Dr. don Bernardo Augusto Thiel, que cuando escribió aquella obrita parece que desconocía mucho del castellano y no se había tomado el trabajo de investigar el origen de centenares de palabras mejicanas que, ó no explica en absoluto, ó pretende relacionarlas con los idiomas indígenas de Costa Rica ó las refiere el *nahuatl* sin suficiente esclarecimiento.

U. le toma *abra*, *árguenas* (que él pronunciando á la alemana escribe *argenas*), *charramasca*, conversión por metátesis de *chamarasca*, que nuestra Academia de la lengua propone como derivada del gallego, y la clásica *chirimía* que la misma docta corporación hace venir de *σπυγγιον* que es como quien dice *geringuilla*; pero al señor Thiel le parecieren indígenas ó por lo menos las pone como tales por estar adoptadas por aquellos lugares,—lo que es cierto,—*copácreh* por compadre ó amigo; *hushñia*=boñiga, basura; *chol*, *chur*, *choro*=chorro, cascada; *circa*=cerca; *escoban*=escoba; *espeho*=espejo; *carvatú*=garabato; *icara* ó *icara*=jicara; *varvucruh*=barboquejo; *peina*=peine, y otras ciento que no son más que corruptelas del castellano. Y en cuanto á palabras á todas luces oriundas de Méjico por el Mague ó lengua de Nicoya, el señor Thiel ha querido analizar, por ejemplo, *huaca*, como compuesto de *hu*=casa y *hac*=piedra, cuando esa palabra es el verbal *huacqui*=seco, disecado en *nahuatl*, y así respecto á las demás que no ha entendido.

Viniendo á nuestro asunto y después del preámbulo que me pareció indispensable, voy

á tocar algunas de las palabras de origen *nahuatl* que U. cita y á decir luego algo respecto de otras y de lo que debiera en mi concepto hacerse para llegar al esclarecimiento de este importantísimo asunto lingüístico.

I.

CAHUITA.—Esta palabra, nombre de una punta al Sur de Limón, que también se ha llamado *Acahuita*, no es dicción derivada de *quahuitl*, ni ésta es palabra mejicana así escrita; árbol ó madera, que tanto da, es en *nahuatl* *quauhtl* ó en derivación á veces *quahuhtl* y *quauhuitl*, de donde no es forma conexiva *qua*, que es verbo y significa *comer*, y también raíz y tema constructo de *quaitl*=cabeza, punta, extremidad. Á ser, pues, *nahuatl* el origen de ese nombre, derivaría de *quaitl* con la terminal *itta*, que equivale á ver ó espiar y significaría algo así como "punta espía," y analizándola con la inicial *a*, por *atl*=agua, "punta de donde se vigila el agua, el mar." Mas yo pienso, por más que aquella explicación sea plausible, que *Cahuita* es la palabra *cauitla*=tiempo ó temporal (con la terminal *tla*), lo cual se explicaría mejor aún con la forma *Acahuita*, que daría "tiempo de agua," como aquí se dice vulgarmente, ó temporal simplemente.

COMAL.—No hay tal *comatl* en mejicano, sino *comalli*, origen de la palabra que tiene ya adoptada la Academia, la cual diciendo que es "disco de barro... para cocer las tortillas de maíz," no trae luego *tortilla* en esta acepción de *tlazcalli*, *tazcal* ó pan mejicano. El *comalli* es una derivación de la misma raíz que *comitl*=olla.

CUAJINIQUIL.—Repito que no hay tal *qua*=árbol. Esa palabra está compuesta así: *quauhtl*=árbol, *xini*=caer y *quilitl*=brote ú hoja. Este nombre describe la "planta á quien constantemente se le caen las hojas."

CUAYOTE.—Esta voz es la mejicana *quauhyotl*=leña, palo, vara, *bejuco*.

CHALCHIHUITE.—Esta palabra significa esmeralda en bruto, perla. No hay tal *chihuhtl*; lo que sí se encuentra en *nahuatl* es *xiuhtl*=turquesa, que también significa año. La escritura correcta es *chalchiuitl*, y en forma constructa *chalchiuh*, y significa en general *cosa preciosa*; acaso de *chalia*=estrenar y *chiua*=suceder, verificarse. Es palabra de análisis muy difícil. Figuradamente significaba protector, virgen. Como se dice en Costa Rica, "estar en perla," se dice en *nahuatl* respecto de una mujer *oc chalchiuitl*=todavía en perla, doncella.

CHAYOTE, es en *nahuatl* *chayotl* y *chayotli*.

CHICASQUIL, compuesto de *chicastic*=fuerte, viejo, y *quilitl* hoja ó *quelite*.

CHILTOTE no es compuesto *chichiltic*, sino de *chilli*=chile, pimienta y *tototl*=pájaro; *chiltototl* ó *chiltoto*=pájaro de color de chile y que gusta de los chiles.

CHULUTECA ó CHOLUTECA, lo mismo que *chorotega*, su degeneración, se hallan por *chololtecatl*, plural *chololteca*, habitantes de *Cholollan*, estado del *Anahuac*, cap. del mismo nombre,—hoy *Cholula*,—al O. de *Chalco*, notable por el gran templo dedicado á *Quetzalcoatl*, cuyas ruinas existen todavía. Esta voz sale de *choloa*=huír, ausentarse, de donde *cholo*=el que huye, ó es puesto en fuga.

GÜITITE, ó mejor HUITITE, es palabra mejicana, pero cuya verdadera formación ignoro. Pudiera ser compuesta de *uei*=grande y *tititl*=mes de la fiesta de *Ilamacoaatl*? Es lo cierto que *tititl* se expresa simbólicamente por tres pedazos de *leña* atados con una

cuerda de la cual tira fuertemente una mano.

CHURRISTATE no es palabra oriunda del nahuatl, á lo que creo; á menos que no sea compuesta de *cholhuia*=saltar un arroyo, é *istatl*=sal, ó *itstia*=refrescarse.

AGÜIZOTE ó más bien AHUIZOTE, es sin duda el mejicano *ahuitsotl*=animal fantástico, espanto. También pudiera ser *ahuixotl*=sauce, por lo triste de este árbol. El primer nombre lo llevó un famoso rey mejicano de trágica historia.

JALACATE, es *xalacatl*, de *xalli*=arena, y *acatl*=caña.

JICOTE, es *xicotli*=abeja grande, de *xicoa*=estar colérico, bravo. Y á propósito de esta palabra voy á permitirme rectificar aquí al Doctor Frantzius. Este sabio en su nota 76 á la relación del Licenciado Palacio, contenida en el 1.º tomo de los Documentos para la Historia de Costa Rica, compilados por el Lic. don León Fernández, á propósito de este párrafo "los parientes del novio daban de presentes á la novia *jicoles*, etc.," dice: "La palabra *jicoles* del texto es probablemente un error y debe leerse *jicotes*." El Licenciado Fernández habiendo leído también *jicoles* en un documento del siglo XVII, existente en los archivos de la Real Audiencia de Guatemala, sostiene el texto, pero agrega que confiesa no recordar la significación de la palabra *jicoles*. Pues bien *xicolli* significa en nahuatl "vestido, talle, chaqueta de tela teñida que usaban los ministros de los ídolos" y por extensión corpiño, ó *justillo*. Queda así aclarado este punto y no hay tales *jicotes* regalados á las novias, ni en aquéllos ni en éstos tiempos.

MASTATE es efectivamente de *maxtlatl*=calzones ó bragas, derivado de *maxactli* ó *maxatl*=pierna, que á su vez lo es de *maxaliui*=bifurcarse.

PATASTE es *patlachtic*, cosa que se extiende como *paste*, usado en Nicaragua y en Nicoya, *patztic*=muelle, mullido, de *patsoa*=presar, estrujar, mullir ó suavizar con los dedos.

PIZOTE, de *pitzotl*=puerco, derivado *pitzaa*=soplar y compuesto de *pia*=rechazar y de *tzotl*=sudor.

POCHOTE, de *pochotl* ó *puchotl*=bom-bax ceiba, de *pocheua*=quemarse, humear. Las raíces de este árbol se empleaban como febrífugo.

TAPATE, por *tlapatl*=ricimus communis, acaso de *tlapoa*=abrir, etc.?

TEMPISQUE, nombre de un árbol y de un río. En nahuatl se escribiría *tempixqui*, de *tentli*=labio, orilla y *pixqui*=sacerdote, guardián. El río podría ser como quien dice el "guarda-costa," según corre en la península de Nicoya; el árbol, por la dureza de su madera, de *tempixoa*=mellar un filo, quiebra-hacha?

TINAMASTE, de *tenamastli*=triple soporte de la olla, formado de tres piedras redondas: es una derivación de *tenamitl*=muro, compuesto derivado de *tetl*=piedra y *nami-qui*=estar cerca, vecino, aproximarse: como quien dice "piedras cercanas." Mal augurio era para los soldados el poner los pies sobre los *tenamastes*, y tres gemelos ó hermanos mellizos se llamaban *tinamastin*, plural de *tinamastli*.

ZACATE, es *zacatl* ó *çacatl*=yerba, paja, acaso compuesto de *ça*=solamente y *acatl*=caña, puesto que no tiene hojas.

Quedan así explicadas las palabras que figuran en el excelente artículo del señor Gagini, y vamos á otra cosa.

II.

Hay en nuestro lenguaje común una porción de palabras que nos vinieron, ya por las colonias penitenciarias y comerciales que *hasta aquí* (eso significa la palabra *Nicoya*) *penetraron* (*Nicaragua*, á mi juicio, es también palabra del *nahuatl*, formada de *nican*=aquí y *calaquia*=penetrar), enviadas por los emperadores mejicanos, una de las cuales fué la *Mangue* del Guanacaste y otra la de *Mejicanos* de Talamanca; ya por los españoles mismos que venían de Méjico trayendo una multitud de voces castellanizadas que no solamente han quedado en todo Centro América, sino que llegaron y permanecen hasta en los pueblos más meridionales de nuestra raza.

Nombres de lugares, de ríos, de animales y plantas, de objetos comunes y verbos muy significativos nos vienen de esa fuente, y en la óbita que tengo al terminar y á que antes me referí constan los más que he podido coleccionar de nuestra habla vulgar y corriente, y muchos especialísimos del Guanacaste.

Lo que quiero hacer notar en este aparte es que muchas de esas voces las atribuyen algunos autores y hasta la misma doctísima Academia de la lengua española á otros orígenes.

Sean ejemplo de las últimas las palabra *sacate*, que el diccionario académico hace venir de Filipinas, de donde quizás la pudimos introducir los españoles, pero después de ser llevada allá por mejicanos que fueron transportados como colonos por nosotros mismos, de donde resultó que allí quedaron, además de aquella, otras como *petate* (*petlatl*), *petaca* (*petlacalli*), etc.; la voz *jicara*, que dice el mismo léxico que es árabe y que no es otra que la *xicalli* del nahuatl; *pasote*, que dice simplemente voz americana, y que es en nahuatl *epatzotl* (*epatl*+*tzotl*=yerba de zorrillo); y así muchas más, de que en mis *Mejicanismos* trato por extenso.

De lo demás, sea ilustración, el caso del apreciable gramático costarricense don Alberto Brenes C., que atribuye á *chingo* parentesco con *chico*, cuando aquella palabra es evidentemente *tzinco*=desnudo de medio abajo y pequeño en nahuatl. No sé si el mismo ú otros quieren que la palabra *chillarse*, en el sentido de ruborizarse, sea una corrupción española; pero yo sostengo que eso no es más que un mejicanismo: *enchilarse*, es decir, presentar en la cara el efecto que produce el comer *chiles*.

Creen muchos que la voz *machote*, como modelo ó ejemplo es castellana, siendo así que es el mejicano *machiottl*, cuya composición preciosa dice "camino para aprender" (*machia*=aprender y *otl*=camino.)

Así hay voces atribuidas por corporaciones doctas y por respetables escritores á orígenes abstrusos, cuando sólo con recurrir al *nahuatl* las hallaremos íntegras ó poco diferentes de como aquí, y en otras repúblicas hispano-americanas, y aun en España, se usan á diario.

Citaré unas cuantas.

La palabra (con perdón sea dicho) *cochino*, que la Academia saca del *Céltico* (?) HVVCH, y francamente se le parece tanto como un huevo á una castaña, es ni más ni menos que *cochini*, como quien dice dormilón de *cochi*=dormir. En Costa Rica se emplea interjectivamente *cochi* para alejar ó espantar al cerdo y *chino* para llamarlo.

En algún léxico he visto también que *zaguán* es cambio ó cosa así de *azacán*, aguardor; y la palabra no es otra que *tsaquani*, como quien dice cerradura ó atajador, de *tsaquaa*=impedir, cerrar el paso.

También es cierto que el nahuatl tiene curiosísimas semejanzas con muchos idiomas antiguos y modernos, y hay quien haya visto analogía grande entre su *teotl*=Dios, en construcción *teo*, y *θεός* griego; entre *alastic*=resbaladizo y el técnico *elástico*, á todas luces helénico, y hasta la palabra *Atlántico*, se puede analizar así en nahuatl: *a* de *atl*=agua, *tlan*=abundante, *ti* por *itill*=faz y *c*, *co*=en, es decir "en la faz de las aguas abundantes".

Y con palabras castellanas se parecen sin duda: *aatenqui*=enteco, *aatilia*=estirarse, *aauia*=alegría, *açacani*=azacán, *ametzcalli*=almeja, etc., etc. de que hay muchos centenares de ejemplos.

Así he encontrado á cada paso semejanzas con palabras hebreas, árabes, latinas, alemanas, inglesas, etc., fenómeno propio de lenguas de aglutinación é interpolación.

Pero basta respecto á este punto, y voy á terminar.

III.

Tengo la idea de que sólo podría llegarse á algo de provecho en punto á estudios relacionados con la lingüística, mediante una decidida protección de parte del Estado; pues las vigiliias más ingratas son las que en estas disquisiciones se pasan, desprovistas de todo interés privado y tendentes siempre tan sólo al esclarecimiento de la historia patria.

Mi pensamiento es, pues, que solamente podremos llegar á desentrañar lo relativo á lenguas é idiotismos de Costa Rica, cuando el Gobierno proteja especialmente esos estudios.

En otra ocasión escribiré algo más de esto.

JUAN F. FERRÁZ.

"La Garde de Otoño."

(DE FRANCISCO COPPÉE.)

¡S muy dulce ser amado, pero es menester amar para forjarse la ilusión de la dicha; y esta verdad la sabe mejor que nadie el célebre músico Miguel Paz, el único autor de valsos cuyo nombre podría citarse después del de Chopín. Si son conocidas algunas de sus conquistas amorosas, no debe atribuirse á indiscreción de su parte, pues el delicado artista es el menos fatuo de los hombres, sino á la publicidad que han tenido á pesar suyo; y aun así, las más lisonjeras para él son un secreto para todos. Cuando el rubio esclavo de ojos negros se sienta al piano y desenguenta con lentitud sus hermosas manos pálidas, le miran las mujeres con el corazón palpitante y recuerdan la historia de aquella linda muchacha rusa que, desdeñada cortesmente por él, se suicidó en Niza, cubriéndose las narices y la boca con algodón empapado en clorofórmico; para ellas es indudable que la cifra del pañuelo de batista con que se enjuga las manos el compositor antes de preludiar, ha sido bordado con cabellos de una Alteza.

Miguel Paz rehusó los dos millones de dote de la joven rusa, de la misma manera que allá en el Norte despreció el real adulterio con que le brindaban. Hizo ambas cosas sin mérito alguno, simplemente porque no amaba. Pero ¡qué de veces ha cedido ese hombre de imaginación voluptuosa y melancólica! ¡á cuán-

tas mujeres ha abandonado su vida! Rara vez por vanidad, muy á menudo por capricho del deseo, casi siempre por sorpresa, por enterneamiento. . . ¡ay! jamás por verdadero amor.

Sin embargo, si estuvo realmente enamorado en otro tiempo, hace muchos años, cuando daba lecciones á domicilio é iba á pie, chapoteando por el lodo de París, cuando desempeñaba, por la tarde, la plaza de timbalero en el Ambigú.

¡Amor triste y horrible! Por una actriz de segundo orden, por una mujer perdida! con todas las vergüenzas y disgustos del favor compartido, con los celos impotentes y rabiosos del amante pobre, á quien en horas de indulgencia arrojaba la comedianta, cual si le diera á roer un hueso, esta frase que le crucificaba:

—¿Y qué pueden importarte esas cosas, si sólo á tí te amo?

Por fin logró romper la cadena después de varios años de esclavitud, en el momento en que la gloria le sonreía y en que su *Vals de las Sirenas* arrastraba á la vez, con su ritmo vertiginoso, á las señoras vestidas de corte, en el estrado encerado de Compiègne, y á las modistillas con trajes de percal, en el entarimado polvoriento del Eliseo-Montmartre. De entonces acá ha llegado á ser el famoso Miguel Paz; ha recorrido á Europa dando conciertos, y ha vuelto trayendo mezclados en el fondo de su maleta billetes amorosos en todas las lenguas y condecoraciones de todos los países.

Como chupó en su juventud amarga y fortificante leche á los pechos de esa nodriza excelente que se llama Pobreza, continúa siendo hombre sencillo y sin necesidad. Jamás usa las insignias de sus órdenes; y cuando relea sus antiguas cartas de amor y repasa con el recuerdo todas las relaciones de un año ó de un día que han consumido su vida, se acuerda á menudo, con arrepentimiento que le llena de rubor, de las noches de invierno en que después de la función, él, pobre músico de teatro, corría á apostarse en la calle baja, cerca de la entrada de los artistas, á esperar, de pies en el lodo, á aquella mujer que las más veces se iba del brazo de otro hombre, y á quien él amaba á pesar de todo, hasta dar la vida por ella.

“Sólo el que ama es dichoso,” se dice entonces Miguel, presa del fastidio insoportable del libertino sentimental, sintiendo ascender á sus ojos una lágrima que no brota, la lágrima rara y dolorosa de los temperamentos nerviosos.

* * *

En semejante estado de ánimo se encontraba Miguel Paz el año pasado cuando el mal tiempo le obligó á dejar los baños de mar y á refugiarse en París, en el París desierto del mes de Septiembre. Un día que según costumbre vagaba sin rumbo, persiguiendo una melodía rebelde, le despertó de su ensimismamiento el marcial acorde de una orquesta de instrumentos de viento, y advirtió que la casualidad le había llevado hasta el Luxemburgo, cerca de la fuente de Médicis, donde la banda militar da en estío, á las cinco de la tarde, conciertos al aire libre.

La brutal charanga había ahuyentado sus ensueños.

Se dirigió al terrado cercano, y allí de codos en la balaustrada se puso á contemplar el viejo palacio italiano, el estanque en donde se deslizaban dos cisnes, los paseantes que circulaban por las callejuelas cubiertas de césped, el hermoso cielo abigarrado y con tintas rosadas de otoño; en seguida vió de improviso á dos pasos de distancia á una joven que senta-

da en una silla de paja le estaba mirando con singular atención.

Era una delicada y encantadora rubia, de cabello algo rojizo, con ojos dorados y preciosa nariz recta, de ventanillas sensuales. ¡Qué aspecto tan discreto y decente el de su intachable vestido, sombrero y corpiño de terciopelo azul, y falda de tela inglesa á cuadros! Y cuánta gracia en el ademán del brazo, algo delgado, con guante de Suecia hasta el codo, y de la mano posada sobre el puño de porcelana de la sombrilla!

A la primera mirada de Miguel la señorita se sonrojó avergonzada de su curiosidad sorprendida. Pero el músico tenía ya el sombrero en la mano.

—¿Habré tenido el placer de ver á Ud. antes, señorita, y tendré la desgracia de no reconocerla ahora?

Ella se puso como la grana y murmuró llena de confusión y bajando los ojos.

—No, caballero, Ud. no me conoce. Soy yo quien le conoce á Ud.

Miguel se sentó á su lado y entraron en conversación. Ella le había visto hacía tres meses, una sola vez en el concierto de Colonne, el día en que él mismo dirigió su *Tanda de Orquesta*. Miguel lisonjeado acercó más la silla. ¡Cómo! no le había visto más que una vez y no le había olvidado! ¿Quién era ella, pues? ¡Oh! no era nada extraordinario: se llamaba Lucía, habitaba muy cerca de allí, en la calle de Gay-Lussac, con una hermana viuda, hermana mayor que había sido siempre persona formal y á quien había confiado la educación “de su pequeñuelo.” ¿Un hijo? era entonces casada? Nuevo rubor. No, no era casada; y las confidencias fueron cada vez más íntimas.

Todavía seguía viendo “al padre de su pequeñuelo,” pero sólo de cuando en cuando y como simple amigo. No siempre había sido juiciosa, pero ya era asunto concluido: iba á cumplir veinticuatro años, era por consiguiente vieja, y prefería vivir tranquila al lado de su hermana, manteniéndose de sus escasas rentas y trabajando un poco,—porque ambas eran modistas;—venía algunas veces al Luxemburgo á oír la música militar hasta que llegaba la hora de ir por su hijito que estaba en el colegio de externos de la calle Royer-Collard. Hablaba así con sencilla y casi infantil confianza, con voz dulce y apagada, los ojos bajos y dibujando círculos en la arena con la punta de la sombrilla.

Miguel la escuchaba sonriendo, asombrado de interesarse por historia tan insignificante, y experimentaba compasiva tristeza al notar la marchitez de las sienas de la joven, en cuya delicada piel de rubia había dejado el estío algunas manchas purpúreas.

¿Por qué hombre tan afortunado en amores como Miguel Paz se detuvo en tan vulgar aventura? Por la inconsecuencia del pródigo que viniendo de derrochar una fortuna se baja para alzar un alfiler. Volvió al día siguiente y al otro al Luxemburgo, habló de nuevo con Lucía: ella le confesó que en el concierto de Colonne él le había gustado; pero gustado de veras!; y que cuando le vió la otra vez acodado en la balaustrada, le miró fijamente aunque trastornada por la emoción, con esperanza de que él la hablase.

La novela así comenzada llegó muy pronto á la página donde se hallan tres líneas de puntos suspensivos que hacen caer en voluptuosa languidez á los colegiales que la leen á escondidas. Mas donde el desdeñoso y estragado Miguel creía encontrar apenas un vano capricho, gustó de un placer que le sorprendió por lo inesperado. ¡Era tan bueno ese amor que él tenía que aceptar únicamente, ese amor

sin coquetería y sin venta, ese amor-pueblo, sencilló como un instinto!

Viviendo Miguel con su madre y Lucía con su hermana, las primeras intimididades debieron tener por teatro un horrible cuarto de fonda, entristecido por la caoba y el damasco granate, con lecho abarquillado, y en la pared un cromó de estilo caballeresco, que representaba á un guerrero armado de punta en blanco y en actitud de grabar con la daga un nombre de mujer en la corteza de una haya.

No obstante, en este prosaico asilo, Miguel, á pesar de sus treinta y cinco años y de sus numerosas campañas galantes, había sentido palpar su corazón;—ah! cuánto tiempo hacía que no le acontecía igual cosa!—aguardando la hora de la llegada de Lucía, con los ojos fijos en la péndola, donde un Galileo de zinc bronceado señalaba con el dedo un mapamundi. ¡Qué agradables almuerzos habían tenido, sentados juntos en el diván de resortes enervados, y qué dulce minuto á los postres, cuando arrojadas las servilletas sobre el mantel, se estrechaba Lucía tímidamente contra el hombro de su amante, y tomando delicadamente la mano del artista, á quien consideraba como un ser superior, como un semidiós que no debe tocarse sin precaución, la llevaba á los labios cubriéndola de besos rápidos, leves y casi respetuosos!

Miguel Paz se había entregado á este amor que le cosquilleaba en los rincones más secretos del corazón.

En los momentos más inesperados pensaba en Lucía con harta frecuencia, y recordaba de súbito un verdadera palabra de amor que ella le había dicho: “Dame las citas con bastante anticipación para tener tiempo de gozar pensando en ellas.” Con la boca entreabierta por involuntaria sonrisa de felicidad, soñaba Miguel con la preciosa nariz recta de su querida y sobre todo con su manera ardorosa de apretar los dientes cuando abrazándole con todas sus fuerzas le decía, como á un gatito, con aquella voz baja y apasionada.

—¡Minino mío!

—¡Dios mío! exclamó él un día súbitamente ¿llegaré talvez á amarla? acaso la amo ya?

¡Ay! no quiso oír entonces una voz secreta, voz irónica que protestaba por lo baja.

El cielo de Octubre era puro: un mes había trascurrido del mismo modo desde que conoció á Lucía, y él, el favorito de las mujeres, con quien habían soñado princesas, resolvió dar una fiesta de amor á la pobre muchacha y pasar con ella un día entero en el campo.

* * *

Era preciso partir muy de madrugada para llegar á hora de almuerzo á la aldea, que situada en los linderos de un bosque, al Norte de París, se encuentra rodeada pintorescamente de florestas y de estanques. Pero Miguel halló á Lucía, que había llegado antes que él á la estación, ya de pie cerca de la portezuela y con el saco de viaje á los pies, siempre con su airecillo formal y razonable. Fueron solos en el vagón, ¡deliciosos besos! sólo también en el ómnibus que lleva la correspondencia del camino de hierro y que los condujo al paso por un camino bordado de perales. Y Lucía, parisense embriagada por el aire vivificante, reía de júbilo y gritaba: “¡Hará buen tiempo!” al ver disiparse la bruma dorada de la mañana y surgir á lo lejos en la campiña los campanarios, símbolos de candorosa dicha.

Al cabo de una hora el carruaje rebotaba sobre el empedrado de la aldea, siguiendo á lo largo de la pared de un parque por encima de la cual se desbordaban masas profundas de verdura.

Vieron entonces pasar rápidamente por la portezuela un blanco hecho de paja para tirar con flechas, luego una fuente del siglo pasado, vermiculada y con su respectivo dístico latino. Luego se detuvo el ómnibus: habían llegado.

Entraron en la posada que formaba el ángulo de una calleja y servía además de estanco de tabaco; dejaron mantas y sacos sobre el decrepito billar, y á continuación, para no perder ni una hora de la espléndida mañana, almorzaron en el fondo del jardín bajo un emparado de dulcamara color de sangre, en la que un rayo de sol doraba la tela de una gorda araña de otoño. "¡Servidnos en seguida, no importa qué! una tortilla y vino blanco, de ese vino que es indispensable beber al sol."

Lucía, con bigotes de crema de queso, miraba á Miguel con ojos resplandecientes de placer y le decía: "¡Qué buena idea tuviste, *minino mío!*, cuánto te quiero!"

¡En marcha! rumbo al bosque. Es menester darse prisa porque en Octubre sobreviene muy presto la noche.

Caminan ya por una senda húmeda y sombría bajo los árboles, pisando hojas podridas; pero sobre sus cabezas los rayos de luz se filtran al través de las ramas y por los claros se percibe el azul del cielo.

¡Cruá, cruá! y luego gran ruido de alas: Es una bandada de cuervos que huyen espantados. De tiempo en tiempo resuena lejos, muy lejos, el disparo de un cazador. La parisense va aspirando con deleite las emanaciones del bosque. "¡Mira, todavía brezos rosados!" y se pone de hinojos para espigar las florecillas, mientras que Miguel, con el sombrero en el cogote, decapita con el bastón los enormes hongos, de verde venenoso, al pie de las encinas. Él á veces se queda rezagado para ver á la joven corretear regocijada. ¡Qué airosa y mona va con su vestidito oscuro! ¡con qué gracia camina! qué talle el suyo, comparable al de una diosa del Primaticcio! De improviso se detiene á la orilla del camino y se vuelve para llamar á su compañero. "¡Mira avellanas!"; y está tan hechicera cuando se agacha para cogerlas, que él llega corriendo, la enlaza con sus brazos y la besa en la nuca entre los ricitillos de oro. "¡Ah, *minino!* me has asustado."

Así anduvieron todo el día, bajando por los caminos hondos donde el eco reproducía sus risas, animándose con la voz para escalar los senderos de cabras en las rocas, en donde el pie resbala sobre las agujas de pino, y quedándose de repente silenciosos bajo la solemnidad de los majestuosos arbolados; y cuando él se detenía á la vista de un panorama, ella se apoyaba en su brazo lánguidamente y como embriagada.

La tarde les sorprendió cerca del estanque grande. Lucía se sentó sobre un olmo derribado, y Miguel, tendido á sus pies sobre el césped, reclinó la cabeza en las rodillas de su amiga que, habiéndose descalzado un guante, le acariciaba los cabellos.

La hora es deliciosa. Ni una brisa ni una nube. El lento sol descende por un cielo que parece de leche, que tuviera color azul, y el apacible estanque, como espejo de acero, refleja los altos árboles inmóviles. Miguel se siente inundado de infinita ternura; imagina que ya todo su pasado no existe y que su vida entera se reduce á ese venturoso minuto; la naturaleza le ha rejuvenecido un instante el gastado corazón que como rosa tardía pugna por abrirse; deposita en el puño de Lucía un prolongado y tierno beso, y pronuncia por primera vez la palabra que en su noble horror á la mentira no ha proferido después de tantos años:

—¡Te amo!

Pero en ese preciso momento el sol desaparece por la parte opuesta del estanque, detrás de la negra línea de abetos, y todo á la vez, el agua, el cielo, los árboles y el corazón de aquel hombre ¡ay! todo á un tiempo se enfría de súbito. Lucía, que se estaba mirando en los ojos de su amante, ve pasar por ellos el soplo glacial; y con la necesidad de verdad de los ingenuos y la calmosa resignación de los humildes, le responde con su vocecita baja y como quebrantada:

—No, *minino mío*, tú no me quieres; soy yo la que te amo. . . . Lucía adora siempre á Miguel. . . . que se deja querer.

Pero si la segunda parte en tono menor del motivo de su último vals expresa un sentimiento de dolor desesperado, es porque el músico tradujo en esas pocas notas las melancólicas palabras que pronunció la joven al borde del estanque, después de puesto el sol; hé aquí también por qué ese vals, que no puede escucharse sin que las lágrimas asomen á los ojos, se llama: LA TARDE DE OTOÑO.

C. GAGINI.

La herencia del laúd.

CANTO ÍNTIMO.

Hijo de un noble trovador cristiano y de una artista de oriental paleta, la gloria de Virgilio y del Ticiano fué la ilusión de mi niñez inquieta. El sol del bello ideal, desde temprano alzarse ví, con ambición secreta; y de mi edén perdido en los verjeles jugaba con la lira y los pinceles.

En la fugaz edad de la inocencia, cuando la voz materna me adornaba, después de bendecir la Omnipotencia, á la dudosa claridad del día: El ángel protector de mi existencia pulsando un arpa de oro aparecía; y con rostro purísimo y risueño de pie velaba mi tranquilo sueño.

¡Yo era feliz! . . . Amaba de los Cielos la solitaria vespertina estrella, cuando en la tarde, tras de opacos velos su faz asoma rutilante y bella; del astro del amor, en mis anhelos seguía la confusa y blanca huella, hasta que se perdía á la distancia como los castos sueños de la infancia.

Nací poeta.—Ley de mi destino fué cantar cual las aves á la aurora; y de la vida oscuro peregrino lágrimas derramar con el que llora. Pobre heredero de aquel don que divino, celeste fiebre mi existir devora; y al destello del sol ó de la luna canto los versos que aprendí en la cuna.

Desde el albor de mis primeros años brindé á las Musas mi filial ofrenda; y niño aún, tras mágicos engaños entré del mundo en la fatal contienda. Del destino los rudos desengaños me profanaron de mi fe la prenda; pura ¡Señor! como la luz del día vive desde la infancia en la alma mía! . . .

¡Y allí se albergará, mientras aliente mi corazón al soplo de la vida, y el Sér Supremo que en la luz se siente tenga su mano de mi mano asida; mientras abrigue una ilusión mi mente y á mi alma el dardo del amor divida; mientras sus alas bata el pensamiento y exhale su perfume el sentimiento! . . .

¿Quién no lleva en el fondo de su alma un recuerdo de amor ó de tristeza? ¿Quién del martirio no alcanzó la palma ya viviese entre flores ó maleza? ¿Quién de la noche en la solemne calma de Dios no ha bendecido la grandeza?

¿Quién no ha execrado la maldad ó el crimen? ¿Quién ¡Señor! no consuela á los que gimen?

Cuando en la escena trágica del mundo veo el pálido rostro de un mendigo, y oigo su acento humilde y gemebundo. bajo ajeno dintel, pidiendo abrigo; levántase de mi alma en lo profundo la palabra de Dios ¡que yo bendigo! y como eco de incógnita tristeza que socorra, me dice, á la pobreza.

¡Obezco, Señor! Yo sé que un día allá en tu suspirada bienandanza, juzgarás con piedad la vida mía en tu infalible y eternal balanza. Recordarás, que con tu voz por guía Llevé al desventurado una esperanza; y ajeno de este mundo al egoísmo, ví en el pobre, la imagen de mí mismo.

¡Esa es mi poesía! . . . Desde niño la caridad ¡Señor! era mi anhelo, la primera expresión de mi cariño, y de mis ansias virginal consuelo, de la indigencia el triste desaliño flotaba cual visión en mi desvelo; y mi estrofa más bella siempre ha sido la limosna que he dado al desvalido! . . .

¡Ah! después en mis noches solitarias en oración doblando las rodillas, al Cielo he dirigido mis plegarias bajo el influjo de mi fe, sencillas; y con íntimas voces funerarias he rogado por todos los que humillas, ¡oh miseria fatal y desastrosa desde la cuna hasta la helada fosa! . . .

¡Y á la luz de mi insomne pensamiento, en mi clara conciencia sumergido, la flor de mi piadoso sentimiento, y hasta el aroma para el pobre cuidado! Al ver su desnudez y abatimiento de mis prendas con él, he dividido; tus mandatos ¡Señor! mi alma interpreta: ¡La piedad es la musa del poeta! . . .

Bendita sea la fraterna mano que con dádivas calma la honda pena del pordiosero, desvalido anciano que solloza al rigor de su faena! ¡Bendito sea el corazón cristiano que de piadosas lágrimas se llena; y en medio del festín, en copa de oro, vierte por los que sufren triste lloro! . . .

¡Oh, hermosa Caridad! . . . A tus altares deja que llegue con tranquila planta; desde mi aurora suspiré en tus lares entre los brazos de mi madre santa. Bardo después, te consagré cantares con infantil y trémula garganta; y hoy del laúd con la paterna herencia que custodies te ruego mi existencia! . . .

Y de mañana en el incierto día, cuando la tierra envuelva mis cabellos, y á la luz que mi espíritu encendía haya muerto entre pálidos destellos; entonces, no te olvides ¡madre mía! de los instantes de mi infancia bellos, y en mi tumba no grabes inscripciones:— La lira y el pincel son mis blasones! . . .

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.

Lima, Enero 10 de 1879.



Amor! Dolor . . . dos palabras que se parecen en la forma y que son iguales en el fondo.

Amar es sufrir . . .

Quien ama llora, y llorar de amor es acercarse al cielo. Sufrir por la mujer que se ama es el tormento más grato al corazón.

El mejor medio de adorar á Dios es amando á una mujer . . .

Quién pone en tela de juicio que el amor ennoblece, purifica y eleva los sentimientos del hombre?

Por eso amo yo!

Dudais de que los sufrimientos que el amor produce, son los verdaderos placeres; — pues sois unos insensatos, dignos de lástima, porque careceis de sensibilidad.

Vuestra perspectiva... El Hospital. Pensad en la mujer, consagraid á ella todas vuestras actividades, y sereis felices.

X.

El último invento del primer inventor del siglo

El problema de cuya solución se han ocupado centenares de hombres de ciencia sin resultado tangible, ha sido resuelto por esa maravilla del siglo XIX, el mago de Menlo Park, Tomás Alva Edison.

El último aparato que ha salido del laboratorio del célebre electricista tiene un nombre hasta ahora desconocido; se llama el kinetógrafo. Ese nombre hoy extraño como lo fueron en su tiempo los de Telégrafo, Teléfono y Fonógrafo, será dentro de poco tan familiar como aquéllos.

El Kinetógrafo, cuya figura aparece hoy en las columnas de la REVISTA POPULAR, es simplemente una combinación del fonógrafo y la cámara fotográfica, y su objeto es la reproducción simultánea del sonido y el movimiento.

Con este aparato una ópera cantada en Nueva York podrá oírse á veinte millas de distancia con las figuras que en ella tomen parte, reproducidas en un lienzo con todos sus gestos y movimientos.— La melódica voz de la tiple y su sentimental expresión serán tan fielmente reproducidas, como el canto y gestos del tenor cómico.

Mr. Edison ha estado trabajando en esta invención tres años. Muchas veces ha abandonado su lecho á la media noche para poner en práctica una nueva idea y en muchas de ellas sus esfuerzos resultaron inútiles. Pero los fracasos no intimidan á hombres como Edison, que continuó trabajando hasta conseguir sus deseos. La base de su invento es firme y sólo falta perfeccionar los detalles.

Para conseguir el resultado final era necesario tomar una serie de fotografías instantáneas que se sucediesen con suma rapidez, de manera que los intervalos entre las diferentes impresiones no fuesen perceptibles, y que el efecto fuese el de un retrato continuo.

Bajo el impulso de un motor eléctrico, la cámara tomará cuarenta y seis impresiones por segundo. Así, pues, las impresiones serán tomadas tan rápidamente, que la serie de movimientos se convertirá en uno continuado por un considerable espacio de tiempo. Las impresiones se marcan en un rollo de papel de gelatina sujeto á un eje que pasa por encima de una lente fotográfica.

Dice Mr. Edison describiendo su aparato:

“La máquina te pone en movimiento, ábrese, detiéndose, toma una fotografía, ciérrase, muévase, ábrese, detiéndose, toma otra fotografía, y así sucesivamente repetirá sus actos á razón de cuarenta y seis impresiones por segundo.” Este procedimiento puede continuarse por treinta minutos sin interrupción, y de este modo se tomarán 2,760 fotografías cada minuto, y 82,800 cada media hora.

El mismo Edison ha dicho al hablar del efecto de la nueva máquina: “Supóngase que se quiere reproducir una ópera. Colocaré mi máquina en una mesa frente al escenario. El fonógrafo recogerá la música mientras que el kinetógrafo tomará la impresión de los movimientos de las personas que se encuentran en el escenario, á razón de cuarenta y seis impresiones por segundo. Esto equivaldrá á una impresión continua de todo lo que pase en el escenario. Luego se desarrollarán las

láminas fotográficas, se colocarán otra vez en la máquina y la lente fotográfica será sustituida por otra objetiva. La parte reproductiva del fonógrafo será entonces ajustada y por medio de una fuerte luz la escena podrá reproducirse en tamaño natural en una cortina blanca frente á un auditorio á muchas millas de distancia. La máquina es de hecho un ojo mecánico.”

El gran electricista escribió hace algún tiempo un artículo sobre fotografía del movimiento y muchos periódicos le ridicularizaron sin compasión. Desde entonces Edison ha trabajado sin cesar, y si bien su máquina no está aún perfecta, él mismo nos asegura que estará lista para exhibirse en la Exposición de Chicago.

Ya pueden reproducirse nuestras palabras y nuestros movimientos. ¿Será posible la reproducción del pensamiento? Si lo fuese, cuántos ídolos caerían y cuántas buenas almas serían levantadas!

(De La Revista Popular de New-York.)

NOCHES DE TEATRO.

Decía Augusto Vacquerie, el notable periodista francés, que sólo tres cosas había buenas en el mundo: las mujeres, las flores y la poesía.

La mujer es alma de la sociedad y sacerdotisa del hogar, la flor el embeleso del corazón y símbolo de la esperanza y la poesía la música del alma.

—Miente—le dijo Alberto Wolfe desde las columnas del Fígaro,—la gloria se cifra en una trinidad encantadora ante la cual todos debemos inclinarnos reverentes:

En una copa de vino del Rhin, en un tabaco de Turquía y en una buena ópera ó zarzuela.

Y nosotros viendo esta diferencia de opiniones, nos acordábamos de Cormenin y Armando Carrel, esos polemistas formidables franceses sobre cuestiones de arte y filosofía.

—Wolfe tiene razón—nos dijimos en lo que oca al teatro, que en cuanto al rojo púrpura del Rhin y al tabaco de Turquía ni somos aficionados ni entendemos nada de eso.

El teatro sí! Nosotros consideramos el santuario de Talía como la escuela de las costumbres sociales, de la vida real, donde vemos desfilar á la humanidad desempeñando más ó menos un papel importante, corrigiendo nuestros vicios, haciendo brillar la verdad como fanal esplendoroso en noche tenebrosa, como también poniendo el crimen en el Sinaí de su grandeza, los celos ahogadores y quemantes encarnados en Otelo, las pequeñeces del corazón y los sentimientos sanguinarios personificados en Nerón y todo aquello que trae sombras sobre el cielo límpido de la conciencia.

Alguien ha dicho que el teatro no sólo levanta el alma y ennoblece el corazón, sino que nos lleva también al abismo de la corrupción, por cuanto en esta colectividad de bichos humanos hay de todo, como en la viña del Señor, bueno y malo, el sufrimiento que purifica el alma y el crimen que la cubre de luto y de tristeza.

Ah! no. El autor al escribir una obra no se propone otra cosa que corregir, expurgar lo útil de lo venenoso, sobreponerse á las tradiciones de un pueblo, á los autos y misterios de que está plagado el teatro, llevar á él asuntos históricos, deducir las consecuencias de un amor puro y contrariado, presentar una cadena hermosa de hechos notables, predicar la verdad en todas sus manifestaciones, enalzar la virtud y censurar el vicio, alabar lo bueno y censurar siempre todo lo malo, así como también llevar á la escena la calumnia y la mentira—esas larvas asquerosas del corazón,—como armas de que se valen los miserables para saciar sus deseos de venganza; en fin, el autor se propone cambiar la faz de un pueblo, y cual experto piloto, darle nuevo rumbo á la literatura, á la ciencia ó al arte.

Ah! era muy triste para nosotros, pobres soñadores,—lejos de los grandes centros, sin otro recurso talvez que los periódicos, percibir apenas el murmullo, el ruido ténue, el eco dormido de la victoria espléndida que alcanza un libro escrito por pluma sabia ó una de esas obras, que como la zarzuela, la ópera y el drama, deleitan el corazón y moralizan las costumbres. Pero hoy por fortuna podemos asistir, aunque en miniatura—á con-

templar esas fiestas del arte y del talento en nuestro pequeño teatro y disipar un poco las brumas que caían sobre nuestra pesada é insípida existencia.

Del repertorio de obras que ya ha puesto en escena la compañía Palou, ninguna nos ha gustado tanto como “La Traviata” y “Chateaux Margaux”, piezas en que abundan bellezas de primer orden y una música ya triste y apasionada y otras veces ligera y retozona como alborada de mayo.

Pero ocupémonos de “La Traviata” aunque sea á grandes rasgos y con perdón de los Zoilos, tanto por ser una obra de mérito como por haber dejado en nuestro ánimo una impresión dolorosa, un recuerdo triste.

La música es de ese octogenario prodigioso que se llama Verdi y arreglada á la escena española por Salvador Carreras, con el título de Violeta.

Violeta, que no es otra que la simpática artista Carmen Ruiz, se presenta en escena convidando á sus compañeros á la contradanza, á la fiesta alegre y bulliciosa porque la vida es corta y hay que gozarla.

Luego aparece Alfredo, el apuesto muchacho señor Rivas, y un ¡ay de mí! se escapa del tierno corazón de la gentil Violeta.

Todos inquieran la causa de esa exclamación y ella con ese disimulo propio de las mujeres responde que nada... el cansancio talvez; pero luego se entabla entre los dos amantes esos diálogos galantes y apasionados como de quienes ya sienten la cosquilla del amor en el corazón; en seguida Violeta, al fin mujer... le dice contestando á una negación de Alfredo que se queja de no haber en el mundo quien se acuerde de él ni quien le haga palpitar el corazón:

—¿Es posible á vuestra edad
Desconocer el amor?
Ni ¿cómo podeis en calma
Vivir sin tal sentimiento?
Amor del alma es sustento.
¿De qué ha vivido vuestra alma?

Estas palabras oscurecen la razón de Alfredo y le jura que la ama más que el ciego á la luz, que el hijo á su madre, que el pájaro á su nido y después de mil ternezas y requiebros, embelesado en su pasión, Violeta obedece talvez á una fuerza extraña, á un sentimiento que no se explica llega á decirle á su amante que es imposible amarle.

—Olvídadme Alfredo,
O sed mi más fiel amigo
Mi hermano, mi compañero.

Alfredo.—Está bien! Adiós señora.

Violeta.—Os vais.

Alfredo.— Sí, parto muy lejos
Pues ser feliz no es posible.

Violeta.—Mi amistad toda os ofrezco.

Alfredo.—Gracias Violeta. Mañana
Abandonaré este suelo.

Para no volver.

Violeta.— (aparte) Qué dice!

Oh! para siempre le pierdo
Aguardad!.....

Alfredo.— Adiós!

Violeta.— Acaso

Más adelante.....

Alfredo.— No puedo!

Violeta.—(Estoy vencida) Quedaos!

Alfredo.—Ah! Violeta os agradezco

No partiré.

Violeta.— Viene gente.

Tomad esta flor, Alfredo.

Alfredo.—Una flor vuestra! Oh delicia!

Violeta.—Cuando se agoste..... Silencio!

Después vienen esos detalles entre Flora, Gastón y Violeta, que en realidad no excitan mucho interés, hasta tanto Alfredo no se despide de Violeta diciéndole que es feliz:

Violeta queda sola y exclama con profundo abatimiento:

—¿Por qué abraza mi razón
El pensamiento oprimido,
Y al recordar su pasión
El eco de su sonido
Penetra en su corazón?

Pobre paloma! tan temprano empieza á sen-

tir el dardo agudo del tormento, á probar sus labios la primer gota de acíbar en el cáliz hermoso de sus ilusiones.

Pero esperemos, Hortensia es amiga de ella y procura endulzarle su hastío con ofrecerle la vida de la corte; pero Violeta rechaza con dureza la oferta de su amiga y le dice:

—Cállate! que me estremezco
Al pensar que llegue un día
En que el asqueroso cieno
De ese centro cortesano
Me salpicara de nuevo.

Hortensia desconcertada le dice adiós; pero después añade:

—Lo que va de ayer á hoy!.....

Violeta.—Hortensia, aquello fué un sueño,
Que bendigo al contemplar
La dicha en que me despierto.

Violeta queda sola y con la angustia del corazón oprimido dice:

Este retiro, esta calma
A Hortensia causan horror.
Qué poco sabe de amor
Quien no lo lleva en el alma.

Y en realidad, que responda á este grito del corazón Isabel de Segura al acordarse de su Marsilla ausente, que diga Torcuato Tasso lo que sentía en negro y oscuro calabozo al dedicar un pensamiento á su cándida Leonor, Dante en su desesperación dolorosa mirando allá arriba creyendo encontrar en el azul cóncavo de los cielos la imagen adorada de su Beatriz, Julieta besando á Romeo, el divino Sanzio contemplando á Fornarina para pintar su Galatea; y en fin todos aquellos amantes que han hecho del amor una segunda religión.

Feliz aquel mil veces que no ha sentido la primera espina del dolor en su corazón!....

Pero sigamos á Violeta y Alfredo en sus deliquios de celestial amor.

En la escena 6ª del segundo acto pide Violeta á la Virgen Santa que la mira desde el cielo que le dé fuerza para el sacrificio de su amor.

Va á escribir y la pluma se resiste.

Ah, no; no puedo!
Y mi promesa? Y sus lágrimas?
Valor! (escribe) "Alfredo: un secreto
terrible rompe los lazos
de nuestro cariño. El cielo
nos separa, y ya en la vida
á vernos no volveremos.
No me acuses. Yo te amaba.
Pero hoy....."

Alfredo conmovido, desorientado con esta decepción no halla que hacer y sólo pronuncia el nombre de su amada. Violeta le dice que lo creía ausente y el galán enamorado le contesta que se ha vuelto á mostrarle una carta de su padre que vendrá á verlo dentro de un momento; pero Alfredo sorprende en ella algo que quería ocultar y le pregunta con cierta malicia:

—Mas.... tu escribías.
Violeta.— Ah! viste?....
Alfredo.—Violeta!
Violeta.—Qué! Tendrás celos?
No escribía
Alfredo.—¿Nó?
Violeta.—Lefá.

En realidad, Violeta leía una carta de Flora en la que la invitaba para un baile el sábado próximo.

Alfredo muestra curiosidad y Violeta le enseña el papel y le dice que mientras aguarda á su padre ella sale por el jardín para ir al pueblo á gozar del aire puro del campo que tanto alivia su pecho.

Alfredo se desespera y promete hacerla feliz; pero Violeta le contesta que ya es tarde. Pobre Alfredo.... una pena fatal destroza tu pecho, una sombra hay en el cielo de tu dicha, un presentimiento embarga tu alma. Abandonaste á tu pa-

dre, á tu hermana por seguir á una mujer. Y luego dicen que las violetas no tienen espinas!....

Pero veamos cual es la mano primorosa que cultiva ese jardín.

El criado le entrega una carta que ha recibido hace un momento de manos de Violeta antes de subir al coche.

Alfredo.—Para mí? Tiemblo! ¿Qué es esto?
Vete! Para qué me escribe?
Qué horrible presentimiento!
Qué es esto que por mí pasa?
"Alfredo (leyendo) Alfredo un secreto
Terrible rompe los lazos
De nuestro cariño." ¡¡ Cielos!!
Me abandona ¡ infame! ingrata!

En ese instante Germont se presenta y corre en su auxilio. Es su padre.

Ah! que triste es alimentar una esperanza para verla luego deshacerse como la nube, como la sombra! ¡Quién pudo comprender el corazón de la mujer!....

En el acto 3º Alfredo y Violeta sostienen esa lucha encarnizada del corazón, entre la voz del destino que se opone á su felicidad y el amor profundo que le profesa esa cándida mujer, á su amante, rosa que pronto doblará su tallo y besará la madre común. Alfredo tiene también celos de su amada porque sospecha algo del Barón á quien aborrece é inquiera á Violeta si le ama.

Violeta.—No puedo; márame!
Alfredo.—La última vez lo reclamé.
Violeta.—No puedo!
Alfredo.— Por qué?
Violeta.— Por qué?....
Alfredo.—Amas al Barón?
Violeta.— No sé!.....
Alfredo.—No finjas más.
Violeta.— Pues sí; le amo.
Alfredo.—Oh! caballeros, aquí!
Violeta.—Piedad, Alfredo cruel!
Alfredo.—Huirás?
Violeta.— No puedo.
Alfredo.— Ay de tí!
Yo haré que apures la hiel
Del veneno que hay en mí!

Silencio.... respetemos el dolor de un hombre que imaginó lleno de flores el camino que debía recorrer. Es imposible contemplar con serenidad ese inmenso pabellón de raso azul bordado de diamantes que llamamos cielo, cuando en nuestra alma ruge la tempestad y en nuestro espíritu se agita la idea de la venganza, cuando el cuadro que veíamos ayer limpio y diáfano cual cristal de Bohemia, se torna hoy en sombrío, mudo como el dolor y triste como un sollozo de Becquer; cuando el corazón se desborda es porque está lleno de hiel; cuando nos volvemos descreídos, es porque así lo ha querido la mujer.

En estos casos bien podemos exclamar con el poeta.

Mujer! Dulce caricia de un instante!
Mujer! Hermosa lágrima del cielo
Mujer! Rayo de luz del Paraíso
Mujer! Copa de hiel de borde almibarado
Del cielo ángel maldito y desterrado
Serpiente del Edén.
Ay! del que fía en la mujer que adora
Y tras la sonrisa de su amor se embriaga
Que ha de correr tras una sombra vaga
Huyendo sin cesar.

Pero callemos mejor y dejemos que Violeta cumpla su destino, obedeciendo su sino, su estrella ó lo que el cielo quiera.

Veámosla en su lecho de agonía, con los ojos ya hundidos, rodeados por círculos violados y luchando con su dolor, porque un amor puro y contrariado es el gran volcán de los espíritus.

—Oh! qué horrible sufrimiento!
Un día tras otro día
Pasa veloz, y con ellos
Se va acabando mi vida.

Sólo Hortensia, su compañera cariñosa, vela junto á ella y procura distraerla y consolarla diciéndole que pronto volverá á la vida, á disfrutar de las alegrías del mundo. El Doctor, un verdadero Galeno que cumplió su misión, hace lo mismo que Hortensia, la excita al amor de Dios y á la

resignación y le dice que pronto restablecerá con el tratamiento que tiene.

Pero ya es imposible todo esfuerzo; la lucha es desigual entre la vida y la muerte. ¿Quién pudo devolverle la vida á un cadáver?.... El Doctor bien lo comprende y así se lo dice á Hortensia:

—La tisis va poco á poco
Asegurando á su víctima,
Y acaso rogueis á Dios
Por ella esta noche misma.

Hay veces que el corazón humano no se engaña, es profeta en sus presentimientos. Violeta ve que nada valen los cuidados de la familia y de la ciencia para curarla porque el mal no es del cuerpo, sino del alma. Su fiel amiga insiste de nuevo en quitarle aquella idea aterradora de la muerte, mientras se oye á lo lejos el carnaval, París con sus alegrías, con su loca algazara. Nada hay completo en el mundo. Entre la humanidad que ríe y la humanidad muerta, está la humanidad que sufre.

Copiemos para concluir La Traviata las últimas escenas que sin duda son de las mejores de la obra.

Violeta está sola. Se oyen las armonías de una música triste.

Violeta.—(Leyendo) Habéis cumplido la palabra. Se verificó el desafío. El Barón fué herido, pero ya se halla mejor. Alfredo está en el extranjero: yo mismo le he manifestado vuestro sacrificio: el volverá para pedirnos perdón: Yo también iré. Curaos. Sois digna de mejor porvenir.—JORGE GERMONT.

(La música calla.)
Es tarde, muy tarde sí;
Un buen porvenir le anhelo!
Más no en la tierra, en el cielo
Podré encontrarle, ay de mí!

En la escena 6ª se presentan Hortensia, Alfredo, Germont y Violeta que está ya moribunda.

Germont.—Violeta, hija querida!
Violeta.—Oh! gracias padre y señor,
Que cuando acaba mi vida
Será mi pena menor
Al daros mi despedida.

Germont.—Hijo mío!
Alfredo.— ¡ Padre!
Germont.— Aquí!

Vierte tu llanto profundo.
Violeta.—Feliz es mi muerte, sí;
Porque tengo junto á mí
Lo que más amé en el mundo!....

Cae el telón y notas graves y lentas fueron seguidas de otras agudas y de cadencias ligeras; parecía aquello como un sueño, como la modulación de un recuerdo. El piano gimió luego y surgió de él una plegaria llena de lágrimas y sublimidad.

Había algo de solemne en aquella escena: la fiebre de la inspiración coronaba con su aureola de fuego la frente de Violeta y los movimientos sordos que hacía; decían claramente á nuestros oídos que eran el De Profundis de la mártir, su himno de agonía, su eterna despedida.

Los ojos de Violeta se entornaron, su rostro palideció más y más y creímos oír un adiós muy débil que se confundió con la última nota doliente y lastimera de su plegaria de amor.

Por demás está decir que todos los artistas trabajaron esa noche como nunca, especialmente las señoras Ruiz y Vera, y los señores Rivas, Palou, á quienes felicitamos sinceramente por ese triunfo.

II.

Ahora volvamos la hoja y veamos lo que hay en ella.

Chateaux Margaux se llama el lindo juguete cómico lírico que en estas noches puso en escena la compañía Palou, piecetta que á decir verdad ha gustado mucho, no tanto por su letra y su música, alegre, ligera, con todas las condimentos del puchero español, sino por haberla desempeñado la señora Cuevillas, que es correcta, intachable en esta o-

bra como en algunas otras. Desde que esta artista se presenta en escena, todos los ánimos quedan suspensos al oír su voz y ver la naturalidad de sus ademanes. Chateaux Margaux parece escrito para ella expresamente, y es de ver cuando toma la botella del líquido delicioso y dice:

Es este Burdeos
un vino hasta allí
No sé por qué siento
ganas de reír.
Es particular.
Es particular
Estos muebles me parece
Que se mueven á compás.

Y luego ríe que es un contento; carcajada trémula, nerviosa, como no hemos oído nunca; y que aun resuena en nuestros oídos. Dice un escritor que Carlota Patti, hermana de la célebre diva, era una maravilla del arte; hacía de su voz lo que quería. Cantaba una canción "El Relámpago", que es una carcajada. Todos, todos reían al oírlo; su risa se comunicaba como por encanto. Así la Cuevillas en su Chateaux Margaux, comunica su risa y ríe uno aun sin querer. Y todo esto lo debe á la naturaleza de su voz y á su talento como artista. En el teatro sostiene gloriosamente la concurrencia y se hace aplaudir cuantas veces quiere; y si así se muestra en la comedia y en la Zarzuela, debe ser brillante en el drama, y en la tragedia adelantaría mucho bajo una benévola dirección.

Pero oigámosla con su gracia:

No sé qué siento aquí
que el alma se encendió.
No hay vino para mí
como el Chateaux Margaux.

Chispea sin cesar
alegre y juguetón;
Parece que es del vals
la dulce invitación.

Quiero bailar
quiero reír.
De la botella
Voy á dar fin.

Y efectivamente, desde el lunetario se oye la alegría con que bajan aquellos gorgoritos del famoso vino.

Nosotros creemos también con la distinguida artista que no hay vino tan alegre y retozón como el Chateaux Margaux cuando así la puso á ella, y al campechano José que como buen gallego debe tragar bastante para sentir algo así como un mareo. Veámoslo templándose para el canto como él dice:

Ay! Ay!
Serrana,
que ya no te quiero más
porque no me da la gana.
Ay! Ay!
Yo ví lo que nadie vió
en el barrio de Triana;
ví un gitano moreno
casao con una gitana.

Y entona su canción que desternilla de risa. Y luego pasando de lo flamenco á un aire de gallegada exclama:

En cuanto junte
mil pesetinas,
compro en la tierra
cuatro vaquiñas.
Compro una burra
y una muller,
y con esos animales
que más puedu apetece?

Canta en seguida su canción gallega y pasando con la última nota á una sevillana dice:

Luego otra sangre
pronto me chilla
y ole con ole!
Viva Sevilla!
Viva la gracia,
viva la sal
y los gallegos
de calía!

Pero lo que más nos pone fuera de quicio es aquella entrevista de Angelita con el Barón y Laura, que lo hacen divinamente Maximino Fernández y la señora Gallardo, y cuando la manola pide la guitarra porque tiene gusto especial por lo flamenco; y con sus flores blancas en la cabeza y su mantón de Manila comienza esas coplillas:

—Que á mí me ahogan las penas
Y es la hiel del desengaño
la que corre por mis venas.

Pero el guitarrista, el chulo de López, quiere ir á la par de su señora y le contesta:

Una jembra es mi regalo,
y como vuelva el marido
me rompe el alma de un palo.

Y luego Angelita embebecida en su canto, aplaudida por todos continúa:

Sevilla de mis amores;
Giralda de mi alegría;
Guadalquivir de mi alma,
quién se sentara en tu orilla.

Y siguen esas coplillas sandungueras que recuerdan siempre á la riente España, la tierra del tango, el bolero y la guitarra, principalmente á Sevilla la víspera de San Juan, donde majas y manolos, curros y pacas, le meten á uno hasta por los ojos las flores, los buñuelos y otras baratijas en la plaza de San Fernando y calle de Las Sierpes.

Sí, viva la gracia, viva la sal, viva la tierra de Andalucía, cuando Angelita brinda de su vino para concluir:

Del vino que yo bebí
Os ofrezco desde aquí
—Os gusta el Chateaux Margaux?
Pues nada; lo sirvo yo
Con que me llamen así.

Y pide una palmeta, la cual el público no le da una, sino muchas en justa retribución de sus méritos artísticos.

Ah! nosotros no nos cansaremos de pedir Chateaux Margaux; pero aguardemos mejor, ya que hemos visto "La Bruja", "Bocaccio" y otras en que brilla la señora Cuevillas como estrella luminosa en el cielo del arte.

Guardemos la pluma y hagamos la revista de las otras obras que se han dado.

JUVENAL.

MISCELANEA.

Un millonario encargó á un pintor parisiense una serie de cuadros que representarían los trajes nacionales de todos los pueblos.—Después de haber recibido algunos que le agradaron mucho, el artista le llevó uno en que se veía un hombre en camisa, con una pieza de tela debajo del brazo y unas tijeras en la mano. "¿Qué quiere decir esto? preguntó asombrado el opulento parroquiano: hoy debías haberme traído el vestido nacional de los franceses."—"Es el que tenéis delante, respondió el pintor: sólo que como los franceses cambian de moda cada día, he dado á mi modelo una pieza de paño y unas tijeras para que él se haga el traje á su gusto cada vez que se le ocurra."

LA señora Dudevant (Jorge Sand) deseaba visitar el convento de la Trappe, donde no se admitían visitas femeninas. Para lograrlo imaginó disfrazarse de hombre. Confundida en un grupo numeroso contaba con pasar inadvertida, cuando el padre guardián la reconoció y la detuvo diciéndola:

—Caballero, lo siento mucho, pero aquí no entran los mujeres."

Un joven tímido, deseando entablar conversación con una señorita que estaba sentada delante de él en un jardín público, aprovechó el momento en que un insecto se posaba en la espalda de la joven para decirle:

—Señorita, detrás de usted anda un animal.

—Ya lo veo, respondió ella volviéndose con una sonrisa maliciosa.

UN naufrago inglés, después de haber errado largo tiempo al través de islas desiertas ó habitadas por salvajes, llegó al cabo á una tierra donde el primer objeto que se ofreció á su vista fué una horca con su correspondiente racimo. "¡Gracias á Dios! exclamó regocijado el hijo de Albión: héme por fin en un país civilizado."

NOTAS.

EL 14 de Julio celebró la colonia francesa, en el salón del Gran Hotel, el aniversario de la toma de la Bastilla. Esa fecha memorable debiera celebrarse como fiesta nacional en todas las Repúblicas, en todos los pueblos que han conquistado sus derechos y suprimido para siempre las testas coronadas, porque la toma de la Bastilla simboliza el triunfo de la libertad sobre el despotismo, el fin de la lucha que encarna la historia de la humanidad entera. Al recordar el 14 de Julio, hacemos votos por la prosperidad de la República Francesa.

Dentro de pocos días se efectuará el enlace de nuestro buen amigo don JOSE MARIA PORRAS, Oficial Mayor de la Imprenta Nacional, con la virtuosa y simpática señorita BABRIELA BONZALEZ, de la provincia de Alajuela.

Hacemos fervientes votos porque siempre la felicidad sonría en el nuevo hogar.

Tengo especial placer en recomendar al favor público la interesante revista mensual que con el título de "América" se publica en New York.

Contiene artículos sobre artes, literatura y ciencias, escritos por las mejores plumas de Hispano América y grabados que pueden competir con las mejores de Alemania. A las personas de buen gusto, y amantes de las letras, recomiendo esta publicación que hace honor á la casa empresaria y á los Estados Unidos.

Su valor es de \$ 3-00 oro por año.

Para demás pormenores entenderse con el único agente en esta República,

FRANCISCO CALDERÓN h.

Oficina de "Costa Rica Ilustrada" Calle 21 Sur, N^o 195.

Tipografía Nacional.